

# Reseña de *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades*

átopos

2004

## Don Quijote en Montesinos

Lector amigo, como seguramente recordarás de tus gozosos años escolares, una de las más enigmáticas y extraordinarias aventuras vividas por el ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha fue aquella que transcurrió —según las referencias del Cide Hamete Benengeli— en la famosa Cueva de Montesinos.

Mucho se ha especulado acerca de cuáles fueron en verdad todas las sorprendentes visiones que el Caballero de la Triste Figura experimentó en aquel fantasmal inframundo. La inexplicable concisión mostrada aquí por el Cide Hamete o por el propio Cervantes —premeditada o no, que eso nunca lo sabremos— es, con seguridad, la causa de la confusión actual.

Pues bien, hace poco cayó en mis manos un curioso documento, de autenticidad improbable, pero jugoso contenido, que pretende disipar parte del desconcierto reinante.

Este documento, firmado por un tal átopos y dado a la luz pública bajo el amparo de un grupo editorial que se hace llamar CervanT<sub>E</sub>X—y advierte, lector, la sarta de sinrazones que a mi razón se hacen con esta relación de extrañas coincidencias—, relata los posteriores momentos de la epopeya quijotil, aquéllos —para ser exactos— que sucedieron a esos otros en los que nuestro andante aventurero topó con su transfigurada —mejor sería decir desfigurada— Dulcinea.

Según el citado texto, Don Quijote, tras demorarse largo tiempo en profundas y melancólicas cavilaciones, divisó en lo alto de una ladera a un grupo de paseantes que venían dialogando animadamente. El ingenioso hidalgo, de oído fino, como correspondía a su noble condición, escuchó claramente que la conversación giraba en torno a un opúsculo impreso por entonces y titulado *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades*, el cual versaba —según se podía colegir fácilmente si se era un caballero andante— de las heroicas hazañas de un tal Tux y de los entuertos defacidos por este insigne sujeto en la confección de un documento divino, así como de los descomunales y poderosos encantadores de toda laya a los que el fulano había tenido que vencer para cumplir tan ardua empresa.<sup>1</sup>

Puesto que de hermosas escrituras y caballerescas aventuras se trataba, cosas ambas de enorme interés para nuestro inmortal manchego, aguzó presto el de la Triste Figura la totalidad de sus sentidos y en unos improvisados folios

---

<sup>1</sup>Tux es la mascota oficial de Linux.

transcribió punto por punto el diálogo entero, con la intención de estudiarlo detenidamente cuando regresara a la realidad de su tiempo, si es que despertaba de los oníricos efectos que los vapores exhalados por la hedionda sima le estaban provocando.

## El regreso de Tux

TUX.- ... es cierto lo que dices, Sócrates magnífico, pero... ¡Eh, un momento!, ¿ven tus ojos lo mismo que estoy viendo yo, o es sueño provocado por alguna ninfa traviesa que quiere burlarse de mi credulidad?

SÓCRATES.- Lo veo, amigo, a pesar de la distancia y la debilidad de mi anciana vista, y tan sorprendido me halló como tú. Desde luego, parece un hombre, pero estafalario me resulta su atuendo y absurdas sus maneras. Jamás había visto nada semejante.

TUX.- Fíjate, sin embargo, Sócrates, en su actitud reflexiva, incluso diría que anda escribiendo o leyendo algo, y que trata de ocultarse de nuestra mirada.

SÓCRATES.- En efecto, querido Tux, y esta observación tuya nos saca del atolladero en que lo inusual del asunto nos tiene atrapados. Pues has de saber que en breve se van a celebrar los certámenes teatrales en Atenas, y es probable que éste no sea más que un actor preparando su papel y ya dispuesto con toda la indumentaria. Y, diría más, seguro que se trata del protagonista de la nueva comedia de Aristófanes, que pretenderá como siempre burlarse de todos nosotros y de mí en particular con cosas desacostumbradas y falaces como la que ahora mismo estamos contemplando.

Pero dejémonos ya de menudencias y regresemos cuanto antes al tema de nuestra conversación. Que no es mucho el tiempo que nos queda y hay que aprovechar tu inesperada presencia entre nosotros.

TUX.- Sea como dices, Sócrates, y ya que ahí mismo veo venir a nuestro común amigo K-nut, me parece oportuno que recapitulemos lo que llevamos diciendo y sigamos por donde el encadenamiento de las especulaciones nos lleve. Pero esperemos un instante hasta que K-Nut nos alcance.

K-NUT.- Bien hallados seáis, nobles camaradas. Vengo siguiéndoos desde hace un rato, pero hasta ahora no había podido daros caza, tan deprisa marchabais.

SÓCRATES.- Raudo es Tux, casi tan raudo como grande es su voluntad, y yo sigo su ritmo sin remedio. Pero ahora que la flecha de tus pasos dio en el blanco, eres más que bienvenido, y te mereces la prenda de nuestros pensamientos. Dí lo que desees, K-Nut, y nosotros sabremos recompensarte.

K-NUT.- Mi único deseo es poder participar en vuestra charla. Con eso me basta.

TUX.- Ya que te empeñas, tendremos que ponerte en antecedentes, puesto que el tema de nuestro diálogo es tan poco frecuente que sin una aclaración de cómo hemos llegado a él perderías el salvífico hilo que te ha de conducir desde el laberinto de las opiniones a la claridad de las deducciones.

K-NUT.- Te agradezco, Tux, que tengas a bien librarme del Minotauro de la ignorancia. Soy todo oídos.

TUX.- La cosa comenzó cuando Hermes, tan inoportuno como de costumbre, se presentó ante mí proceloso para comunicarme que un autor desconocido, apodado átopos, había engendrado un breve opúsculo sobre los trabajos que realicé para Apolo en la confección de un documento divino, los cuales me granjearon —como sabrás— la fama entre los hombres y el honor de compartir morada con los dioses. La obra, titulada *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades*, no sólo relatava todas y cada una de las desgracias y satisfacciones surgidas en el cumplimiento de la tarea encomendada, sino que explicaba también las soluciones que descubrí para alcanzar la ansiada meta, desvelando incluso los secretos de la máquina de Hefesto, a la que llamaba L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X, y que fue —supongo que esto también lo conoces— el artilugio divino que produjo tan bellos resultados.

Preocupado por el asunto y no sabiendo bien a qué atenerme, regresé a Atenas en busca del sabio consejo de Sócrates. Sócrates, que a la sazón ya había estudiado el texto, estaba refiriéndome sus interpretaciones, las cuales, como es costumbre en su dialéctica, empezaban con la pregunta: *¿Qué es L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades?* Y ahí estábamos, en el meollo de la exégesis, cuando tú has llegado.

K-NUT.- Parece pues, Sócrates, que eres tú quien se ha visto interrumpido por mi atrevimiento. Continúa, entonces, como si yo hubiera estado entre vosotros desde el principio.

SÓCRATES.- Nada de eso, que no ha sido tu presencia, sino la de aquel personaje grotesco que allá ves, infame espía del mendaz Aristófanes, quien provocó la brusca detención. Así es que, como hemos perdido ya todos, incluido yo mismo, el hilo de mis hipótesis, me place volver por mis pasos y repetir enteramente mis palabras.

K-NUT.- Aquí estamos para escucharte.

TUX.- Y con sumo gusto, ciertamente.

## Socráticas descripciones

SÓCRATES.- Empecemos con la consabida pregunta: *¿qué es L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades?*

Lo más importante para nosotros es comprender que se trata de una obra producida en una época muy posterior a la nuestra: comienzos del siglo XXI, la época de la que procede Tux.

¿Qué significa esta locura? No queda más remedio que ver aquí la mano de alguna fuerza capaz de tomarse al fresco las fronteras del tiempo y el espacio. Y yo concluyo que se trata de la mano del mismísimo Apolo. Pero de esto hablaré más tarde.

Es necesario empezar con esta aclaración, si es que queremos entender cómo es posible que tanto yo como Apolo, Hermes, Afrodita, Hefesto, Zeus y mi propia mujer contemos entre los personajes de la disparatada historia que estamos investigando.

Porque de una historia se trata, a saber, la historia del proceso de iniciación de Tux en el aprendizaje de un sistema divino de preparación de documentos, que en nuestra época denominamos la máquina de Hefesto y que en algún momento del futuro empezó a llamarse  $\text{\LaTeX}$ .

Has de saber, K-Nut, que este Tux, tan familiar para ti ahora, llegó aquí de improviso —y no en artefacto volador alguno, sino tal cual, con su esmoquin intacto— para cumplir un destino sobrehumano: confeccionar, paso a paso, un bello documento como ofrenda a los dioses. Terrible destino, sin duda, porque nuestro amigo carecía de todo conocimiento de  $\text{\LaTeX}$ . (Y a partir de ahora permitidme que utilice este nombre, en lugar del acostumbrado *máquina de Hefesto*, para armonizar mis palabras con las del texto que comentamos.)

Pues bien, Apolo, el artífice de la tuxina empresa, le propuso al por entonces lerdito amigo once arduas tareas —la duodécima fue imaginada por Tux mismo en un arrebató de celo latexiano—, tal si fueran doce hercúleos trabajos, encaminados a la creación del espléndido escrito.

Y éstas fueron, si la memoria no me falla, citadas una a una y en el orden en que aparecen en *\LaTeX para las Humanidades*:

1. Estructura del documento (secciones y subsecciones).
2. Entorno documento, título de documento y tabla de contenidos.
3. Encabezados.
4. Listas.
5. Citas y versos.
6. Notas al pie y al margen.
7. Documentos plurilingües (paquete *babel*), incluido el griego politónico.
8. Música (sistema *lilypond*).
9. Referencias cruzadas.
10. Bibliografía.
11. Índice analítico.
12. Documentos plurilingües (antiguo alemán, hebreo, árabe, antiguo egipcio).

El mero recuento de estas tareas, nos da una idea del tipo de escrito que Apolo había previsto, muy diferente de aquéllos que suelen producirse con la máquina de Hefesto, es decir, con  $\text{\LaTeX}$ —disculpádme, amigos, no acabo de acostumbrarme a la nueva palabreja. Efectivamente, faltan las tareas básicas que un Pitágoras, un Euclides o un Arquímedes hubieran requerido, y sobran muchas otras que nuestros excelsos matemáticos no habrían necesitado en absoluto. De ahí la segunda parte del título de la obra: “para las Humanidades”. Término que, a buen seguro, quiere englobar esas ramas de los humanos saberes referidas

a lo que no es la ciencia abstracta del número o la investigación empírica de la Naturaleza.

Hay que añadir que Apolo no pidió más que una resolución sencilla de cada una de las tareas propuestas, sin más complejidades de las necesarias y sin que se exigiera de Tux un tratamiento completo del problema. Así, por ejemplo, no se habla de listas tipo *descripción*, ni de los paquetes especiales para manejar encabezados, ni de todas las sutilezas de *babel*.

En consonancia con esta aspiración didáctica que parece presidir la apolínea obra, el autor de la historia nos muestra a Tux escribiendo las instrucciones de  $\text{\LaTeX}$  en su idioma natal, el castellano, y no en el inglés taquigráfico que  $\text{\LaTeX}$  entiende. Del mismo modo, no se contenta el autor con exponer simplemente el código de Tux, sino que, además, al final de cada tarea nos ofrece una miniatura de la página resultante del procesamiento de ese código, de forma que podamos contemplar la bella apariencia del resultado en las distintas fases de construcción del documento. Incluso se nos da la opción de acompañar a Tux en los ritos de su iniciación y realizar nosotros mismos una por una las tareas que se le asignan, a través de un guión denominado *grial*.

Por si fuera poco, la fábula de Tux acaba siendo explicada en la segunda parte del libro. No hace falta que nos tomemos la molestia de interpretarla, el autor lo hace por nosotros, proporcionándonos unos rudimentos técnicos mínimos pero suficientes para comprender el trasunto verdadero de las aventuras de Tux en una sucesión de capítulos y apéndices dedicados a exponer los aspectos básicos de  $\text{\LaTeX}$ . En consecuencia, esta segunda parte convierte el librito en un sucinto manual *introdutorio* a  $\text{\LaTeX}$ . Y subrayo lo de *introdutorio*, porque es evidente que no se desea otra cosa que introducir, animando al lector a continuar el aprendizaje por su cuenta, para lo cual se ofrece hacia el final del escrito una selección de libros y vínculos sobre la materia.

Con esto creo haber descrito en lo fundamental en qué consiste este «divertimento histórico-mitológico-informático» —según expresión del autor— que es *\LaTeX para las Humanidades*. No veo necesario extenderme más en ello. Ahí tenéis a vuestra disposición el libro, si mi descripción no os satisface.<sup>2</sup>

Me gustaría, sin embargo, tratar de ir más allá de la mera descripción y procurar responder a la cuestión de la esencia. Y este énfasis en el *eidós* sólo puede ser abordado si pasamos a investigar ya no sólo el *qué* sino el *porqué*. Así pues, preguntemos de nuevo: ¿Por qué *\LaTeX para las Humanidades*?

## Sócrates y la sabiduría

TUX.- Pues, para serte sincero, Sócrates, no entiendo adónde quieres ir a parar. ¿Acaso no basta la sencilla explicación que has dado para hacernos una idea suficiente del opúsculo?

SÓCRATES.- En absoluto, no puede bastar. ¿Te crees, amigo, tan importante como para que alguien te convierta sin más en el protagonista de su historia?

---

<sup>2</sup>El documento es accesible en la siguiente dirección:

<https://archive.org/details/LatexParaLasHumanidades> [enlace actualizado]

¿A ti, que, al fin y al cabo, no eres más que un pingüino entre muchos? Ha de haber una profunda razón para ello. Y esa razón es la que me importa ahora desvelar.

K-NUT.- Estoy impaciente por oír tu interpretación, Sócrates. Te confieso que yo, mientras estabas hablando, he tenido unas cuantas intuiciones sobre el asunto dignas de ser expuestas. Pero, antes de decir nada, voy a dejar que termines tu dialéctico ascenso. No quiero interrumpirlo ahora que está próximo a alcanzar su cenit.

SÓCRATES.- Gracias, K-Nut, por tu exquisita educación. Pero no vas a esperar mucho, pues es poco lo que me queda. Próximo está, en verdad, el cenit y la esplendente claridad del divino Loxias nos iluminará de nuevo, tal flecha de luz clavada en nuestra mente adormecida. Porque, como dije al principio, es justamente la oblicua y certera mano de Apolo la que está detrás de estos extraños acontecimientos.

Para que podáis entenderlo es preciso que tengáis en consideración lo que a mí mismo me ha sucedido. Recordaréis, sin duda, cómo la sacerdotisa de Apolo en Delfos me señaló como el más sabio de los hombres, y cómo yo, que en realidad no sé nada, me puse a investigar el sentido que podía tener el paradójico oráculo. Me dirigí hacia los que parecía que sabían, y en todos los casos descubrí que eran tan ignorantes como yo mismo. En cierto modo eran aun más ignorantes que yo, pues no reconocían su propia ignorancia, sino que creían saber y se ufanaban de ello, cuando verdaderamente no sabían nada.

Así es como comprendí lo que Apolo había pretendido con su oráculo. Al distinguirme a mí entre todos como el más sabio, me ponía, por así decir, como un paradigma, como un ejemplo para todos. Era como si el dios quisiese decirnos:

«Mirad a este Sócrates, que no sabe nada, pero que lo reconoce. Este reconocimiento de su propia ignorancia lo convierte en el más sabio. Pues la máxima sabiduría que puede alcanzar el mortal es reconocer que, en cuanto al saber, no es digno de nada.»

De modo semejante, pienso que Apolo, al encomendar a Tux las citadas tareas y al procurar que las hazañas de Tux quedasen recogidas e inmortalizadas en un escrito, no quiere otra cosa que decirnos:

«Mirad a este Tux, torpe entre los torpes, que no sabe nada ni conoce nada. Si hasta él ha sido capaz de resolver con éxito y sin excesivo esfuerzo las dificultades que conlleva la redacción con L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X de un documento típico del mundo de las humanidades, qué no podréis hacer vosotros, hombres de letras.»

Es, pues, y con esto termino, el deseo del dios artista el que los humanistas empiecen a hacer uso de las virtudes de L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X, y no otro es el sentido último y el *porqué* de este *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades*.

## K-Nut y la belleza

TUX.- Pasmado y boquiabierto me dejan tu soberana perspicacia y tus abismáticas especulaciones, admirable Sócrates. Y advierto que también K-Nut ha quedado impresionado, aunque un fatídico sueño parece envolverle, y no nos escucha.

K-NUT.- Te equivocas, Tux. Aquí estoy, bien despierto y tan impresionado como tú ante la capacidad hermenéutica de que ha hecho gala Sócrates. Pero ahora estaba dando forma a las ideas que me han surgido con estas elucubraciones, y de ahí mi aparente ensimismamiento.

SÓCRATES.- ¿Y han salido ya esas ideas de su informe condición, o siguen encerradas en el noético caos de lo indecible?

K-NUT.- Preparadas están las razones, Sócrates. Pero no sé cómo confesaros antes una verdad que hasta hoy he mantenido oculta.

TUX.- Pues haciéndolo. No nos entretengas más y di lo que tengas que decir.

K-NUT.- Escuchad bien. Sabed que yo soy el verdadero creador de la máquina de Hefesto. Sólo que Hefesto se ha llevado el mérito, a causa de su currículum de dios y gracias a todos sus estupendos contactos con los más influyentes de los Olímpicos.<sup>3</sup>

TUX.- Esto sí que es bueno.

SÓCRATES.- Lo sabía, lo sabía, sabía que eras quien dices ser. Y ahora que te has mostrado como eres, tienes la obligación de expresar tu opinión sobre el tema que venimos tratando y de desvelarnos los arcanos que sólo tú conoces.

K-NUT.- Lo voy a hacer, aunque para llegar a conclusiones que difieren sutilmente de las tuyas, Sócrates.

SÓCRATES.- Me parece muy bien, pues aquí estamos precisamente para sopesar a través del diálogo qué razón tiene más fuerza y cuál se acerca más a la verdad.

K-NUT.- Empecemos sentando lo siguiente: forma de la escritura y contenido del discurso no están desunidos para el que lee, sino que constituyen en su experiencia una unidad indisoluble. He aquí un ejemplo más de lo que tú siempre dices, Sócrates, que a lo bello se accede a través de la contemplación de las bellezas particulares. Y la palabra, naturalmente, no es una excepción. Mucho se pierde en la lectura de la palabra cuando ésta aparece vestida toscamente y se presenta de un modo que contradice su interna belleza.

Es necesario, por consiguiente, hacer que concuerden la nobleza interior de la palabra y su bella representación escrita.

SÓCRATES.- ¿A qué viene esto, querido K-Nut? Todos nosotros tenemos en cuenta estas cosas. Nadie duda de la belleza de nuestras letras. De ella se aprovechan nuestros artesanos cuando realizan sus inscripciones. Y cómo olvidar la majestuosa perfección de las obras de los egipcios, donde signo y sentido son una sola cosa, donde las figuras que presiden la excelsa obra de arte son,

---

<sup>3</sup>Para ser exactos, detrás del K-Nut de este diálogo está Donald Knuth, que es el creador de  $\text{T}_{\text{E}}\text{X}$  y no de la  $\text{L}^{\text{A}}\text{T}_{\text{E}}\text{X}$ . La simplificación es obra, con toda seguridad de Don Quijote, que no transcribió exactamente lo que K-Nut dijo.

a un tiempo, jeroglíficos que significan. Y, advierte, que podría así seguir citando los casos de los pueblos de nuestra época o de las civilizaciones que nos precedieron. Todos se ajustan a esa verdad que tú quieres hacernos pasar como descubrimiento tuyo.

K-NUT.- En modo alguno quiero yo atribuirme lo que no me corresponde. Pero ya que insistes, te diré que me tengo ciertamente por un redescubridor de estas verdades en una época en que ellas han ido desapareciendo de la memoria colectiva. Pues has de saber que también yo pertenezco, como Tux, a lo que antes llamaste el futuro. Y, para desgracia de todos, las evidencias de las que hablas ya no son en mi mundo sino ideas trasnochadas y olvidadas.

No soy un Herodoto y no puedo contarte con rigor lo acontecido en estos siglos que transcurrieron desde tu época a la mía, pero es fenómeno incontestable la clara escisión entre el cuerpo de la palabra y su espíritu, que caracteriza mi tiempo. Y la causa no fue la sustitución de la escritura manual por la imprenta, pues también en la época de la imprenta los constructores de tipos supieron trabajar con esmero y legarnos sus muy hermosas creaciones. La causa tiene raíces más profundas. Aquí se introduce en escena una concepción del mundo que pretende negar la necesaria influencia de la forma en el contenido, que desprecia la belleza, reduciéndola a mero elemento decorativo, y que la despoja de su verdadero valor, el de ser el puro resplandor que lo noble irradia.

Contra este tácito puritanismo iconoclasta, oculto bajo la máscara de un discoliente «a la verdad le basta consigo misma, aunque vaya vestida de harapos», me he sublevado yo con la intención de crear libros de gran belleza, libros fundamentalmente matemáticos —pues yo soy matemático— pero que destaquen por la hermosura de su presentación visual. Ya que no veo, amigos, oposición entre el rigor de la lógica y la belleza de los sentidos, sino todo lo contrario. Y así como Bach, el genio musical al que tanto admiro, logró componer la más hermosa música a partir de complejas combinaciones matemáticas, así yo he querido que las más difíciles ecuaciones se presenten ante vosotros en formas delicadas y elegantes.

Naturalmente, este deseo mío no se ciñe a las disciplinas matemáticas y científicas, sino que se extiende a todas las actividades de la inteligencia que se expresan mediante el lenguaje escrito. Entre ellas, las disciplinas humanísticas ocupan un lugar privilegiado. Pues es en ellas donde el pensamiento de la belleza y la proclamación de su importancia adquieren su formulación canónica. De ahí mi perplejidad ante el hecho de que mi invento apenas sea conocido por los que se dedican a estas ramas del saber.

No me cabe duda de que *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades* ha sido redactado para combatir esta lamentable situación. El lector en el que piensa es ante todo el lector educado en las citadas áreas del espíritu. Y puesto que este lector siente, por lo común, disgusto ante la desnudez y laconismo de la exposición que el científico hace de sus pensamientos, el tal átopos ha decidido presentar las cosas de un modo nuevo, más acorde con las expectativas de un hombre de letras, y ello aun a sabiendas del atentado directo contra los nervios del científico que puede suponer el irse continuamente por los cerros de Úbeda y el desviarse del corazón del asunto en aras del puro placer de la lectura, placer que siempre está



asociado a la ironía y a la contaminación y fina mezclanza de temas y estilos.

No ha de extrañar, por tanto, que el texto esté plagado de referencias literarias e históricas más o menos evidentes; guiños que probablemente no perciban aquellos lectores sin la formación humanística presupuesta.

Uno de ellos y uno de los más importantes es justamente el que se presente a Apolo, y al Apolo délfico en concreto, como desencadenante del curso de la historia. Todo hombre de letras sabe que Apolo es dios de la belleza y la armonía. Y sabe también que el Apolo délfico se expresa o se comunica indirectamente mediante signos que requieren una interpretación. Vistas las cosas así, *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades* podría ser interpretado como un alegato en favor de la belleza física, carnal, del discurso, expuesto “irónicamente” por medio de una fábula histórico-informática.

En consecuencia, el hombre de letras podría entender perfectamente la moraleja de la narración del modo siguiente:

«Tú, hombre de letras, ¿por qué no sigues el dictamen de la belleza al componer tus obras? ¿Acaso no está también en la forma de tu escritura el signo de la armonía interior a la que aspiras? *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X* te proporciona el medio para que logres la justa coherencia entre la nobleza del significado y la belleza del significante. Y es cosa que a ti particularmente te compete no olvidar la necesidad de esta íntima unidad armónica.»

## Tux y la libertad

TUX.- Fantástico, K-Nut, ahora veo cuán grande es tu sabiduría.

SÓCRATES.- Efectivamente has mostrado un gran dominio en la materia. Pero no me parece que haya contradicción entre tu interpretación y la mía. A mi entender ambas perspectivas se complementan. Por lo demás, en lo que no sé si coincidiría contigo es en lo de convertir a los dioses en meras alegorías. Se trata de un tema interesante para otra conversación. Pero te aconsejo que no hagas públicas estas cosas, pues cualquiera que te oiga puede perseguirte por impiedad y proponer que se te aplique la mortal cicuta.

K-NUT.- No temas, Sócrates, por suerte soy de otra época, y me largaré con Tux en el momento en que las cosas se pongan feas.

TUX.- Tampoco lo creas, K-Nut, la libertad en nuestra época no es intocable, como parece. ¿O es que no estás al día de lo que ocurre? Pero no quiero montar el numerito ahora con Sócrates delante. Sin embargo, y ya que ha salido el tema, me voy a atrever, si me dejáis, a añadir algo a vuestras eminentísimas elucidaciones del libro. Seré breve, pues es simple lo que quiero decir y menor mi elocuencia que la vuestra.

Según yo lo entiendo, aún no habéis contestado adecuadamente a esta pregunta: ¿por qué soy precisamente yo el protagonista de *L<sup>A</sup>T<sub>E</sub>X para las Humanidades*?

SÓCRATES.- ¿No era acaso por tu torpeza?

K-NUT.- Pues yo hubiese jurado que era por tu elegante esmoquin.

TUX.- Ninguna de ambas cosas, amigos. Atendéis a rasgos superficiales de mi personalidad y olvidáis aquello por lo que todo el mundo me conoce: el que yo, a pesar de mis rarezas, me haya convertido en el representante principal del movimiento Linux, que es a su vez el ejemplo popularmente más conocido del software libre y del trabajo cooperativo en la realización de dicho software.

Gracias a esta libertad (de ver el código fuente, de distribuirlo e, incluso, de modificarlo) y gracias a la colaboración aparentemente anárquica de tantas personas, Linux existe. Y  $\text{\LaTeX}$  comparte en buena medida estas mismas libertades. Probablemente también sea ello la causa de que  $\text{\LaTeX}$  haya llegado a ser lo que es, tanto entre los mortales como entre los inmortales. ¿O es que habéis visto a Zeus en algún momento intentar hacerse con la propiedad exclusiva de la máquina divina? No, ahí está a disposición de todos, dioses y hombres. Y grande es el agradecimiento que debemos a los inventores del artificio por su generosidad, que ni siquiera Zeus puede poner en entredicho.

Pues bien, resulta que el propio  *$\text{\LaTeX}$  para las Humanidades* quiere ser fiel a estas mismas ideas y se presenta ante nosotros como obra disponible para el libre intercambio y la posible modificación. No es mera casualidad que se insista tanto en las aportaciones de otros amigos y colegas del autor, ni que se incite y se anime al lector a proponer o producir cuantos cambios sean necesarios para la perfección del resultado.

Que el autor se oculte bajo un seudónimo de significado oscuro hay que verlo también como evidencia de las citadas intenciones. No ha de resultaros en absoluto extraño a vosotros, que tenéis los poemas homéricos y en particular *La Ilíada* por cima de vuestra civilización. Pues este extraordinario poema es la suma de las inspiraciones de muchos cantores anónimos o desconocidos, todos ellos reunidos finalmente bajo el nombre único del gran Homero.

Por tanto, creo firmemente que el autor de  *$\text{\LaTeX}$  para las Humanidades*, al elegirme a mí como protagonista de su relato, quiere destacar estas coincidencias, y lo hace para decirnos:

«Atended, hombres de letras, hijos todos de Homero, a esta magnífica herramienta, que es  $\text{\LaTeX}$ . Preparando con ella vuestros escritos ganaréis una coherencia añadida: la de la concordancia que existe entre el afán de libertad y comunicación que ha de presidir vuestra obra y la vocación universal de  $\text{\LaTeX}$  de ser compartido por todos. Pues es desde esta libertad, que promueve el intercambio de saberes y bellezas y la mutua colaboración en la consecución del resultado, desde donde ha surgido toda cultura, y nada como vuestro docto conocimiento de la historia para reconocerlo.»

## Fin de los sueños

SÓCRATES.- Admirable, Tux, magníficas son tus palabras. Discúlpame por mi anterior ironía sobre tu patizamba y palmípeda condición, pues era broma

ingenua y sin malas intenciones, pero ahora tan inoportuna comparada con la bondad de tus pensamientos.

K-NUT.- También yo estoy conmovido, y he de decirte que coincido plenamente con tu defensa de la libertad. Me alegro de que entre los tres hayamos dado razón suficiente del curioso librito y que con la tríada de nuestros discursos hayamos desentrañado una buena parte de su sentido.

Pero... mirad ahí. Ved a ese extraño ser, que antes parece un aristofánico comediante que un hombre, cómo se acerca presuroso hacia nosotros.

DON QUIJOTE.- Esperad, vuestras mercedes, que bien sé yo que sois caballeros deformados por mañas de persistentes encantadores. Pues conozco de boca del mismísimo Montesinos que todo lo aquí viviente ha quedado encantado por un diabólico Merlín. Fascinado estoy de vuestra preclara conversación y aquí la he transcrito, sin que falte nada, para solaz de los curiosos de mi época y, en particular, de mi buen Sancho. Pues con vuestros poderosos razonamientos podré yo argumentar y ajustarme mejor a sus flojas entendederas en lo que concierne a nuestras acostumbradas disputas sobre letras y armas.

Pero, ¿qué ocurre?, ¿es mi visión la que se quiebra, o es que os desvanecéis sin mi consentimiento, convirtiéndoos e átomos no distintos de los que llenan la espesa atmósfera de esta sima? Ah, aciagos enemigos invisibles, que no habréis de dejarme nunca en paz ni de tornar mi dicha en objeto de vuestra infecunda irrisión.

## De vuelta al mundo

Tras decir estas cosas —cuenta el documento que estoy citando— Don Quijote vio ante sus ojos abrirse de pronto la realidad, desapareciendo con tanta velocidad como habían aparecido las visiones de los tres dialogantes y todas las demás que en el interior de la cueva había visto.

Es de suponer que, tan pronto como ascendió de la enorme caverna, contó lo sucedido a Sancho Panza, pero que éste, ante la falta de credibilidad del relato, decidió tomarlo por quijotesca locura, destruyendo consecuentemente lo que Don Quijote con tanto celo había llegado a componer. Y ello, sin duda, para librar a su amo de la mofa que todos estas ensoñaciones podrían haberle acarreado si el contenido de su informe hubiera llegado al conocimiento de los duques o de gente de esa ralea.

Alguien, no obstante, tuvo que ser el responsable de que el documento, a pesar de todas las precauciones adoptadas, acabase en mis manos. Quizá el bachiller Sansón Carrasco, o más seguramente el propio Cervantes, escudado en el anonimato de una obra apócrifa.

Sea como haya sido, yo me limito a dar cuenta de ello y no quiero interferir con mis hipótesis en tus conclusiones. Y si lo que cuento parece falso, yo no tengo la culpa. A ti te queda, lector, elegir una de las múltiples interpretaciones sobre estos extraños sucesos, o no elegir ninguna, que —como ya se sabe— es otra forma posible de elección.

Juzga, pues, desde tu indiscutible prudencia lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más.